

Nos siguen pegando abajo. Jaime Guzmán, concertación y alianza... Una tesis necesaria.

Dr. Daniel Tello Silva, M.A.
Departamento de Ciencias de la Educación
Universidad del Bío-Bío
dtello@ubiobio.cl

Quisiera con mi breve intervención defender la tesis de que estamos frente a un libro profundamente educativo desde la perspectiva crítica, lo que lo convierte en un libro necesario, liberador y a la vez reflexivo para las críticas posteriores que podremos hacer de nuestro segmentado, ideologizado o sesgado sistema educativo, como queramos analizarlo.

Quisiera comenzar sin embargo criticando un concepto que acabo de utilizar. La palabra sistema para aludir a nuestra realidad educativa es un concepto de doble filo. Por una parte nos sirve para recordar una crítica transversal, hasta popular de las estructuras que nos gobiernan. Hasta popular digo por recordar lo que cualquiera ha escuchado como excusa tras un mesón: “se cayó el sistema señor”, “el sistema no me deja elevar su solicitud” o “lamentablemente, el sistema pone como requisito su huella digital señor”. Estas excusas, pronunciadas como un código lingüístico memorizado por el funcionario privado para poder mantenerse en el puesto, representan una impersonalidad sensacional. Dan la impresión de ser deliberadas, como si psicólogos junto a abogados trabajaran redactando “speeches” que han mostrado bajar la ansiedad, desresponsabilizar al burócrata, o simplemente dejar en una impotencia al personal y a la vez a su cliente en un momento donde todos los esfuerzos que nos permitieron llegar a la oficina, la micro, el metro, el taco, el estacionamiento, etcétera, parecen ser tirados por la borda. Estas frases nos hacen ver inútiles, impotentes y hasta podríamos decir hoy, estúpidos. Por creer que se podía cambiar algo del sistema llegando hasta el mesón.

Dicho sea de paso, esta idea ya está presente en el libro, cuando indica que un bien de consumo se administra según las leyes del SERNAC. Y cuando la educación entra en este reino, digamos, ya sabemos que la opción última que recoge nuestra crítica sincera, no será más que un mesón como tantos.

Esto representa el riesgo de acostumbrarnos a nombrar nuestro mundo educativo como sistema. Muchos sociólogos, sin embargo, podrán rebatir que la palabra sistema no se refiere “necesariamente” a uno como los que los computadores parecen diseñar, sino que se refiere a cualquier grupo social cruzado por la dinámica de un sentido. Y que esta definición no es siquiera original de Niklas Luhman o Talcot Parsons, sino que proviene de los inicios de la sociología, con Spencer Brown, o Augusto Comte.

Esta es la mirada útil de ver al mundo educativo como sistema. Que nos permite reconocer que somos en sociedad, o sociedades de sociedades, o grupos entre grupos. Que pertenecemos a uno y muchos a la vez y que ellos, no son creados por un código o una ley, sino por un sentido, que emerge – aunque estos sociólogos no usarían esa palabra – de los mismos individuos. Desde este punto de vista, es rico llamar a nuestra realidad educativa como sistema. Le da pluralidad, permite reconocer los diversos sentidos que lo cruzan y se van entrelazando en una dinámica social de la que sí participamos.

Creo que esto no deja de ser verdad. Pero a la vez, no es así. Aquí, parece que debemos bajar los pies de la nube de los conceptos analíticos, para ponerlos, usando una expresión de Jaime Retamal, en la calle.

El motivo de este libro no fue la variedad de sentidos que tiene la educación para nosotros los chilenos en los inicios de la década 2010. Si nos quedáramos en la mirada de los sistemas, podríamos decir con simpleza abstracta, que para algunos la educación es un camino de movilidad social. Para otros es uno de contactos sociales empresariales, y para otros es un espacio de aprendizaje significativo para nivelar la cancha. Por cierto, para otros el sistema no es ninguno de los anteriores, sino que la educación parece no tener ningún sentido. Y ellos constituirían, siguiendo esta lógica y por ponerle un nombre, el sistema de la desilusión. Para redondear este análisis, podríamos decir, con evidencia sociológica, que estos sistemas interactúan y que podemos participar de uno u otro.

Pero la calle, por cierto, se irritaría por un análisis así de abstracto. Y ese dolor, ya nos dice algo. Un análisis abstracto como este, roza con la tecnocracia de la economía bursátil y crediticia contemporánea y publicitada que quiere crear nuestra realidad. Y volvemos a decirlo, un análisis así parece de bienes de consumo, aunque estos bienes sean más complejos que productos prefabricados y los llamemos sistemas, como los sistemas educativos.

La irritación surge, porque este análisis en el cotidiano, deja de ser verdad. Aquí tendremos problemas para definir la verdad. ¿Cual verdad? Para no alargar, digamos, la verdad popular, de nuestra historia, de nuestro mundo de la vida.

Aquí sí podemos empezar a ubicar mejor este libro, que surge de la calle, de una y varias marchas, gritos, lacrimógenas, paros, y tomas. Pero no surge sólo de ahí. Evidencia de ello es que es el único libro editado desde el 2011 que analiza con esta profundidad teórica nuestra crisis educativa. Esta calle vivida, para resumir, no se quedó para el autor en la marcha. Los mismos pasos lo llevaron a sumergirse en bibliotecas y archivos públicos. Accesibles para todos – lo que le suma valor – porque de una fuente pública es que el coraje transparente y filosófico del autor, le permite traducirlos en argumento de este texto.

¿Argumento de qué? Ahora podemos comenzar a ojear el libro.

El texto pone de tesis, o interpreto en él la tesis – para respetar la hermenéutica – que estamos siendo gobernados por una idea sesgada, de que el Estado no es más que una burocracia mínima que debe retroceder a diario y cada vez más para dar paso al consumo subvencionado. Sea en salud, AFP o educación, esta idea nos dice que debemos consumirlos y junto a ello, retroceder en nuestros anhelos de sociedad, de intersubjetividad, de la justicia que se conmueve, no de la que se calcula. El libro dice que hemos llegado a creer esto no sólo porque somos adultos que nos enfrentamos a diario a mesones como el del inicio. Sino, y aquí se vuelve más doloroso, porque esta idea ha conformado al sistema educativo en su conjunto, y con ello ha criado a niños y niñas desde su más tierna infancia.

Aquí nos podemos beneficiar del valor analítico del concepto de sistema. Se generó en nuestra historia reciente, un sistema único de pensamiento, bajo amenaza de fusil y tortura, con un único sentido, que definiera todos los grupos que participan en la interacción social y en la educativa. El único sentido fue el del estado subsidiario, que hiciera retroceder al estado social. Como tal, y tal como nos sucede cada vez que entramos a una organización, el sistema educativo se volvió educativo no sólo por su curriculum explícito, ese que seleccionó los contenidos, sino y sobre todo, por su enorme poder socializador. Si la lógica de la escuela es de mercado, la lógica de la televisión es de mercado, la lógica de los servicios públicos es de mercado, ¿qué otra lógica puedo llegar a creer? Bajo un sistema único y expandido como se impuso con amenazas – como si estuvieran tratando de crear un pueblo, una raza, una nación –, típico intento de las dictaduras, la educación era el espacio preferido para cuidar este sentido totalizador. Y, reiterando, que comenzara a enseñarnos desde la cuna con su enorme poder

socializador, así de crudo.

Esta es la denuncia, interpreto, del primer capítulo del libro. Pero no se queda aquí. Si volvemos al mundo de la vida dejando de lado el análisis sistémico, podríamos decir que lo que se conformó fue una ideología. Y de hecho lo fue. Pero la agudeza del autor nos permite avanzar aun más. No es sólo una ideología lo que estuvo en juego, sino un “dispositivo”, siguiendo a Michel Foucault. El estado subsidiario no fue sólo un fetiche, que podríamos reconocer como antiguo, retrógrado y fácil de deshechar. El estado subsidiario se transformó en una moneda de cambio cotidiana, legitimada y que hasta el día de hoy se utiliza en la argumentación social. Un ejemplo, ¿qué es la discusión de candidatos por el quintil que se debe “subvencionar” - si el 10% más rico o el 70% mas pobre – si no un ejemplo de la legitimidad de la lógica del estado subsidiario?: “no podemos subsidiar a los ricos” dice una postura, “debemos subsidiar a los pobres”, dice la otra postura. Ambas, no son más que pura expresión de la legitimidad instalada del Estado subsidiario. Antes, se puede revisar, no pensábamos así. La Justicia, no era un asunto de porcentajes.

Pero el libro de Retamal no denuncia sólo un dispositivo, sino también una figura. Para fundamentarla, el autor hace uso de su riqueza descriptiva para detallar a su fundador, Jaime Guzmán. Le dedica un seguimiento retrospectivo que se inicia con su muerte y retrocede, en busca de profundidad y de la propia coherencia de Guzmán, sumergiéndonos en su mundo de creencias. Esta descripción tiene pasajes muy precisos y bien fundamentados. En ocasiones, parece estar dedicada sobre todo a develar la personalidad del personaje. Y pasa por momentos escalofriantes, como cuando nos recuerda su particular catolicismo ultra conservador, con los artículos publicados en una revista cuya portada resalta en un 95 por ciento la espada, las armas, la falta de mirada y la intransigencia inquisidora de un grupo cerrado que se decía cultivar su fe. Para hablarnos de su persona, son elocuentes también los pasajes de las actas oficiales de una, podríamos llamar “sordera” con la que Guzmán no atiende a ninguno de los fuertes argumentos provenientes de los colegas de su misma derecha. El personaje rebate sin argumentar, rebate que lo que se debe constituir es un estado subsidiario. Y no es capaz de contestar ninguna de las razones evidentes que sus interlocutores, también conservadores, apelan. Esta discusión, que está en los documentos públicos, nos hacen reconocer que el triunfo de estas ideas que hoy nos gobiernan no fue la racionalidad, sino el mero poder, la influencia y el privilegio. Resume esta prevalencia, la fotografía del abrazo del personaje Guzmán con el gobernante dictador.

El libro, así como nuestra historia educativa, continúa. En el primer capítulo sentó las bases analíticas para su tesis. Estamos por una parte frente a un dispositivo, la subsidiariedad, que permite usarse de argumento sin necesidad de dar sus fundamentos. En cualquier conversación de palacio, de gabinete o de parlamento, decimos, puedo aludir a este dispositivo como si fuera un principio gobernador. Por otra parte, estamos frente a una figura, con aires carismáticos y populares, que utiliza este dispositivo para enarbolar su popularidad.

En este punto, cabe destacar la capacidad de distinguir al dispositivo y su figura de quien fuera su fundador. ¿Por qué? Porque de ese modo, quedaron ambas disponibles para quien quisiera seguir un camino regidor. Están a la mano, como si fueran un traje y un anillo disponibles a quien quiera gobernar sin necesidad de argumentar lo que hace. Basta que utilice las formas de la figura y el dispositivo en su mano derecha como un poder regidor. Nadie se le opondrá, prometen el anillo y el traje, porque temerán de usted.

He aquí la denuncia de poder y a la vez la posibilidad liberadora – recordando una clásica metáfora de la teoría crítica – que a mi juicio, el libro de Retamal ofrece. El texto es capaz además de mostrarnos las huellas de este movimiento intransigente en nuestra historia educativa, con imágenes, pasajes y

argumentos, de cómo uno a uno nuevos personajes de los gobiernos de la concertación y la alianza, han utilizado este principio y este modo de figurar para gobernar.

Sea un señor Brunner, sea un señor Cox, sea una señora Bachelet, quien sea, el autor muestra cómo han sido capaces de gobernar con una sordera que imita la sordera de Guzmán. Una incapacidad de escuchar aunque se les hable una y mil veces, una incapacidad de ver aunque se saquen fotografías en colegios en ruinas, una incapacidad de reflexionar, aunque visiten campamentos, escuchen a nuestros niños llorar de ignorancia y vean a nuestros jóvenes evadirse una y otra vez de encontrar su camino responsable en la sociedad.

Es por esto que considero al libro de Retamal como un texto profundamente necesario. Estamos frente a una política que gobierna sin escuchar. Una política educativa que además, y esto es lo que más nos atañe como educadores, enseña a niños y niñas, a vivir sin reflexionar. Enseñamos a consumir y consumir. A consumir tanto cuanto podamos, y cuando ya no nos sea posible, a endeudarnos para consumir. Ahí estará el rol del estado subsidiario, que hará leyes para que las tarjetas se multipliquen, para que los intereses bancarios se restrinjan, para que este sistema pueda funcionar. Uno, dos, tres, consumo cuadernos en marzo, consumo yogurt saludable en el recreo, consumo alguna carrera al término de mi escolaridad. Un, dos, tres, no hay duda que no hay más que escoger mi parcela, dónde quiero consumir. Basta con que me diferencie de mi vecino. Él no puede pagar un subvencionado, yo sí, porque mi padre se levanta temprano todos los días y el estado subvenciona a mi colegio para aumentar los diez mil pesos que paga mi padre. Que pena tu vida, pensaré de mi vecino cuyo padre es alcohólico. Pero al menos tienes la escuela municipal, para gastar tu tiempo, para que no me molestes en la esquina. Uno, dos, tres, así funciona una lógica subsidiaria. Un sistema casi perfecto.

El 2006 y 2011 la calle entró a las casa. Nuevamente se lo debemos a los actores secundarios. Pero cuidado. La mera protesta sin reflexión, será absorbida por una y otra figura, por uno y otro dispositivo. Necesitamos estar alerta. Siguiendo a Theodor Adorno, una y otra vez alerta de los medios, de la educación inundante de la lógica sin reflexión. La escuela puede sacarnos de esta lógica. Pero también es invadida, porque nuestros profesores, también aprendieron en la escuela la lógica de la subvención.

Agradezco a Jaime Retamal su trabajo y su libro. Agradezco también a la Universidad de Santiago por esta invitación.